

LOS ESTADOS UNIDOS ANTE LA NUEVA COYUNTURA INTERNACIONAL

La muerte del presidente Kennedy, ¿ha abierto en la política de los Estados Unidos y de Occidente una fase nueva o, por el contrario, nos hallamos en un compás de espera? Bueno será, antes de intentar una respuesta a esa pregunta ambivalente, traer a contraste algunos hechos culminantes de la etapa presidencial de Kennedy y de la anterior. Lo primero que hizo el joven presidente al tomar posesión de su cargo, fué establecer contacto personal con Jruschef en Viena. Aquella entrevista no dió frutos inmediatos, pero cada interlocutor sacó sus consecuencias. Kennedy se percató de que Rusia actuaba bajo la presión de fuerzas que, en parte, cabía frenar. Jruschef acentuaba en aquel primer diálogo con Kennedy su tesis de que el cerco de bases norteamericanas, desde Alaska a Turquía, había acelerado el rearme ruso, de una parte, y alentaba, dentro de Rusia, a los partidarios de la dureza staliniana y enemigos de la coexistencia. Cierfo que Jruschef saltaba por encima del hecho de que las bases norteamericanas y el rearme occidental habían sido la obligada respuesta al implacable avance del imperialismo comunista en la postguerra. Si Rusia se hubiese limitado entonces a reorganizarse internamente y no hubiese promovido, uno tras otro, los golpes de Estado que desbancaron a los Gobiernos de los países de Europa oriental; si Rusia no hubiera desencadenado y ayudado en China la guerra que llevó al comunismo al poder, deshaciendo el equilibrio político de Asia; si Rusia no hubiera intentado adueñarse de Turquía y de Grecia para salir al Mediterráneo y someter a Persia para asomarse al Golfo Pérsico; con toda certeza el mundo libre, encabezado por los Estados Unidos, ni habría tenido que lanzarse al rearme, ni se habría organizado en alianzas. La O. T. A. N., la O. T. A. S. E. y el C. E. N. T. O, son respuestas, es decir, consecuencias de unas premisas. Y esas premisas las puso Rusia con su ofensiva desatentada para apoderarse del mundo, al fin de la guerra contra Alemania.

Truman como Eisenhower se limitaron a poner una muralla defensiva en torno al mundo libre. No tenemos informaciones cabales sobre el primer diálogo entre Kennedy y Jruschef, pero no parece que el joven presidente de los Estados Unidos se parapetase tras los argumentos que acabo de exponer. Más bien hay motivos para pensar que Kennedy hizo hincapié en que, si Rusia estaba dispuesta a un entendimiento con los Estados Unidos, cabría alejar, por sucesivos acuerdos, el peligro que por lo visto le preocupaba a Jruschef. No obstante, Kennedy fué lo bastante enérgico en sus respuestas, como para darle a Jruschef la impresión de que se las había de ver con un hombre duro y dinámico, que no aguantaría los desplantes que Eisenhower le había aguantado. Y así, la entrevista de Viena abrió el primer portillo en el mundo de la guerra fría.

Diálogo bilateral.

Sin entrar en pormenores, la iniciativa kennediana de diálogo directo entre Washington y Moscú fué la tónica de la diplomacia de base sobre la que se ha movido la política internacional desde 1961 a noviembre de 1963. El «choque» por causa de los «misiles» que Rusia había situado en Cuba, puso a prueba esa diplomacia de diálogo dual entre las dos superpotencias atómicas. Jruschef confirmó en el otoño de 1962 lo que había vagamente comprendido en Viena durante su primer diálogo con Kennedy: que éste era un hombre capaz de ir a la guerra nuclear, si se le forzaba a ella. Y prudentemente, Jruschef se avino a ir cediendo y aun aparentar que retrocedía de su política expansionista en América, a cambio de que los Estados Unidos levantaran la presión atómica sobre Rusia. Aunque no se quiso entonces dar la sensación de que entre Jruschef y Kennedy se había llegado a un compromiso, la realidad es que se llegó a él. Y por eso «retiró» Rusia sus proyectiles ofensivos de Cuba y retiraron los Estados Unidos sus bombardeos y sus proyectiles de las bases de Turquía e Italia. La fase de la guerra fría entraba así en crisis y se iniciaba la fase de la «coexistencia». El primer fruto de esta nueva fase había de ser, meses después, en julio de 1963, el Tratado de Moscú, por el cual las tres potencias atómicas—Estados Unidos, Rusia, Inglaterra—se comprometían a no realizar más pruebas de ingenios de destrucción masiva ni en el agua ni en la atmósfera. El segundo fruto de la iniciada «coexistencia» fué el tendido del «hilo directo» del teletipo entre la Casa Blanca, de Washington, y el Kremlin, de Moscú.

Francia traza su línea.

Así estaba la situación básica internacional en noviembre de 1963. Paralela a esa línea diplomática, había trazado Francia la suya, aun a riesgo de entorpecer y contradecir los planes norteamericanos y soviéticos. De Gaulle se entrefió con la idea kennedyana de englobar el Mercado Común y la proyectada unión europea en una superior unidad atlántica, con Inglaterra de pieza de enlace. Y con un *no* rotundo le cerró a Inglaterra en enero de 1963, la entrada en el Mercado Común—en las condiciones de excepción que Inglaterra quería—. La presencia de Inglaterra en el seno del Mercado Común estaba calculada como la primera etapa para llevar a cabo el proyecto Kennedy de unidad aduanera atlántica. De Gaulle se alzaba como protagonista de la autonomía política y económica de Europa—al menos de la Europa del Mercado Común—y acometía la realización, a espaldas de los angloamericanos, de su vieja idea (véanse sus *Memorias*, publicadas en 1959) de una cooperación estrecha entre Francia y Alemania. Nació así el Tratado franco-alemán de cooperación, contra el que se aliaron los recelos y el mal humor de la Casa Blanca y del Gobierno MacMillan, de Londres. Y no contento con esa maniobra, De Gaulle hacía fracasar en el Consejo de la O. T. A. N., por la misma época, la propuesta kennedyana de una fuerza atómica multilateral, facilitada y administrada por los Estados Unidos, al propio tiempo que se decidía a crear su propio armamento «disuasivo». La línea de la diplomacia autónoma de Francia acaba de llegar en este mismo año 1964 a otro jalón: el reconocimiento del régimen de Pekín. Y pienso que De Gaulle no ha hecho más que apuntar el primer trazo de su orientación diplomática. A poco que colabore con él el nuevo canciller de la República Federal Alemana, Erhard, vamos a ver cómo De Gaulle se lanza a un replanteamiento de la política europea, globalmente considerada, no sólo en el área continental, sino también respecto a los otros continentes y, muy singularmente, respecto a Norteamérica. Pues De Gaulle está ya tratando de modificar los supuestos político-económicos sobre los que se ha venido desarrollando la hegemonía diplomática de los Estados Unidos en Asia, en el Oriente Medio, en Africa y en la propia América. En su mensaje de fin de año ha recalcado De Gaulle la autonomía política y diplomática francesa. Hay en ese mensaje—cierre al crítico año 1963—una frase que viene muy a cuento de lo que estamos exponiendo. Es ésta: «Francia, porque

puede y todo le incita a ello, tiene que realizar en el mundo de hoy una política que sea mundial». Y eso explica, entre otras cosas, que De Gaulle en el momento en que meses atrás rompía Camboya con los Estados Unidos, se pusiera en amistosos contactos con el príncipe Narodon Sihanuk y apoyase la neutralidad camboyana. Más aún, fué entonces, en el mes de agosto último, cuando De Gaulle lanzó la idea de neutralizar todo el sudeste de Asia, incluyendo expresamente el Viet Nam y echándole cables de inteligencia, a la vez, a los Gobiernos de Saigón y de Hanoi. Las relaciones de De Gaulle con el príncipe Fuma, el neutralista jefe de Gobierno de Laos, se han intensificado a lo largo de los últimos meses.

Respecto a Europa, donde naturalmente aspira De Gaulle a rectificar más pronto la política seguida hasta ahora por los norteamericanos—y muy en especial bajo la inspiración del presidente Kennedy—, hemos de tener muy en cuenta las declaraciones del presidente francés a la prensa, el 31 de enero último. Sería torpeza no darles toda su significación autonomizante a frases de este tipo: «Francia se prepara a disponer de armas poderosas y modernas que le permitan considerar y tratar serenamente los problemas que la afectan.» Otra frase de esas declaraciones (relativa a la ayuda a los pueblos atrasados): «Los Estados Unidos dan menos de la mitad que nosotros, y la Unión Soviética, mucho menos todavía.» Y ya sobre el tema de la unidad de Europa, De Gaulle se ha creído en el derecho de ser muy explícito: «lo más importante de la adopción del reglamento agrícola por los «Seis» en Bruselas es que Europa se ha decidido a existir». Recordemos que ese reglamento fué urgido por Francia de modo imperioso, hasta el punto de situar aparentemente a los otros miembros del Mercado Común en el dilema de que, o se avenían a integrar en el año 1964 la agricultura, o se hundiría la Comunidad en lo que a la industria y minería tocaba. De Gaulle ha reconocido el sacrificio que la República Federal ha tenido que hacer para la integración agrícola y públicamente le ha hecho un elogio y una promesa compensadora: «Nosotros saludamos la prueba muy clara que se ha dado de la solidaridad europea y de la aplicación del Acuerdo franco-alemán (de cooperación) por el canciller Ludwig Erhard; tendremos ocasión de constatar con nuestra fidelidad a esta fidelidad.» En cuanto a la relación del Mercado Común con «el exterior» y señaladamente con América, De Gaulle ha sido terminante: «Una vez construída la Comunidad Europea, los «Seis» podrán entablar negociaciones con el mundo exterior y en particular con los Estados Unidos; Francia lo hará con la intención de mantener inter-

cambios comerciales, lo más activos que sea posible, pero está resuelta a no conceder ventajas *sin reciprocidad*.» (El subrayado es nuestro, pero lo ponemos por entender que en esa coda, como en la del escorpión, está todo el veneno de la intención política de De Gaulle en la materia.) Por otro lado, De Gaulle remacha su oposición a que en la unión europea intervengan activamente y como elementos directos las fuerzas de una hipotética «Comunidad Atlántica». La repulsa a ese propósito es rotunda y con su punta de sarcasmo. «Ni Francia ni Inglaterra aceptarán entregar sus destinos a un areópago integrado principalmente por extranjeros.» Más todavía; para De Gaulle está claro que «querer fundir la Europa política en una política multilateral atlántica, equivale a hacer que no exista ninguna de las dos cosas». Echa, pues, De Gaulle sobre los hombres de Holanda, Bélgica e Italia la responsabilidad de que no surja aún la comunidad política de Europa, ya que, según él, lo mismo el Gobierno de París que el de Bonn han aprobado las propuestas francesas para la unión política europea, pero los otros miembros del Mercado Común—«la oposición», dice significativamente De Gaulle—las han boicoteado por exigir tres condiciones «inaplicables y contradictorias», a saber: que dicha unión europea se llevase a efecto bajo dirección supranacional, con inclusión de Inglaterra y confundida con la Comunidad Atlántica. Esta expresa revelación de De Gaulle nos dice bastante sobre el problema de la unidad política de Europa; y me parece importante consignarla aquí como testimonio de la posición francesa en estos momentos. Si el Mercado Común y, en su día, el Continente europeo unificado acaban haciendo el juego a los planes de De Gaulle, veremos surgir en los años venideros a Europa como *tercer factor* en la dialéctica dual que la diplomacia ha desarrollado desde 1945 para acá. Preparándose para convertirse en el catalizador de la Europa futura. Francia (la Francia de De Gaulle) ya está obrando con iniciativa autónoma en Asia (no sólo ante China, sino ante Japón, ante los problemas del sudeste asiático), en África y en Iberoamérica y hasta de cara al Canadá. Hemos de interpretar en ese sentido los envíos de misiones especiales—tanto políticas como técnicas—que De Gaulle viene lanzando sobre Asia, sobre África, sobre América. Ahora mismo prepara De Gaulle un largo periplo personal para recoger y canalizar en América el sentimiento difuso que Europa suscita allí. Y si ciertamente la actitud del nuevo canciller de Bonn no es la misma que la de su antecesor Adenauer en relación con los planes franceses de autonomía política y diplomática, hay que tener en cuenta los efectos de la inercia, es decir, los efectos:

que se han de ir derivando del tratado de cooperación franco-alemana. Pese a todos los aspectos negativos con que ha de tropezar esa cooperación, la realidad es que la República Federal Alemana *necesita* hoy de Francia, tanto y más que de ningún otro de los aliados de la O. T. A. N. Y esa necesidad, que no sólo es moral, sino *física*—pues la República Federal carece de espacio logístico para su estrategia y para su economía—, acabará saltando sobre todos los estorbos para imponerse como un imperativo de supervivencia. Más aún, en la medida en que Rusia demore con su negatova la reunificación de las dos Alemanias, las bien calculadas ideas de De Gaulle para convertir a Francia en el catalizador de Europa, se harán más realizables e incluso quién sabe si no llegarán a ser un imperativo común de los países europeos. Lo más que Erhard podrá intentar ante De Gaulle es frenarle sus recelos contra norteamericanos e ingleses. Y Erhard parece haberse dado cuenta de su posición cuando en recientes declaraciones se ha limitado a insistir en que es necesario «vencer las dificultades» para que Inglaterra se pueda incorporar al Mercado Común y a la Unión Política Europea. Pero Erhard no participa de la opinión antigaulista de quienes, en el seno del Mercado Común—como Spaak y Luns, por Bélgica y Holanda—se niegan a embarcarse en el proceso de la unidad europea hasta tanto que Inglaterra se haya integrado en la Comunidad Económica. Por el contrario, entiende que el proceso político europeo hay que seguirlo con toda urgencia, si bien acompañándolo del esfuerzo para la incorporación británica en su día.

Tiene, pues, Francia en este momento muchas probabilidades de éxito en su iniciativa. De Gaulle se encuentra con una coyuntura que le favorece: no sólo ha desaparecido como oponente la fuerte personalidad de John F. Kennedy, sino también la de MacMillan y la de Adenauer. Es, pues, De Gaulle, el estadista más experimentado del bloque de pueblos libres. Y es el más enérgico y poseído de su papel histórico. Al lado de su poderosa personalidad parecen segundones sus interlocutores occidentales: un Johnson, un Douglas-Home, un Erhard. Por otra parte, De Gaulle se beneficia de los errores y fracasos de los Estados Unidos en Asia (casos de Viet-Nam, de Laos, de Camboya) y en América (casos de Panamá, Santo Domingo, Cuba, etc.). E incluso en Europa, De Gaulle se encuentra a su favor con el tanto de la retirada de los Estados Unidos de muchas de sus bases militares. En la proporción en que la presencia material de los Estados Unidos se haga menos visible en Europa y en la cuenca mediterránea, la Francia de De Gaulle podrá—como la mayor potencia de la Europa continen-

tal—erigirse en *leadership* de la nueva fase política que se ha iniciado. No debemos descartar tampoco el hecho de que el «Plan Marshall» y sus consecuencias positivas para el prestigio norteamericano se van quedando lejos. Surgen a la vida y a la decisión generaciones nuevas que sólo ven la situación de fuerza y prosperidad de sus respectivos países y tienden, como es lógico, a desprenderse de tuteladas extrac Continentales. Pero esas nuevas generaciones de políticos y economistas europeos ya no pueden pensar ni obrar más que en función de una Europa comunitaria y, por eso, espontáneamente comprenderán y aceptarán toda iniciativa diplomática que se alce, con carácter más o menos continental, inspirándose en el «genio» de Europa. Y de ahí que si De Gaulle, en sus planteamientos políticos, diplomáticos y hasta estratégicos y económicos, evita presentarlos como «exigencias nacionales» de Francia, y procura configurarlos como conveniencias «continentales» de Europa, tenga todas las probabilidades de hacerlos prevalecer. Es decir, el mayor «enemigo» de De Gaulle ya no será un Johnson o un Douglas-Home—desbordados por la nueva coyuntura—, sino el mismo De Gaulle, caso de que no se desprendiera de su «pose» de francés. Pero si adopta —y los indicios abonan la hipótesis— la «pose» de «empresario de Europa», las bazas del triunfo se le vendrán a las manos. Pues no cabe ignorar que en las nuevas generaciones europeas se está produciendo—con rapidez relativa—una *saciedad* de lo norteamericano y de lo ruso, y naciendo, en cambio, un ansia de autenticidad y de autedeterminación. Y los sentimientos no hay quien los pare. ¿Cómo no percatarse de que los estadistas europeos que han vivido la presencia americana en Europa, desde 1944 para acá, están ya jubilados o en vísperas de jubilación y que van a ser sustituidos por hombres que vienen con otros presupuestos mentales y efectivos?

Pluricentrismo también en el mundo libre.

El fenómeno que está ocurriendo en el mundo comunista, con la paulatina eclosión de partidos autocéfalos que se niegan a someterse a la hegemonía de Moscú, creo que ya empieza a repetirse también a su modo en el mundo libre. La etapa de la llamada «guerra fría» se caracterizó por la bipolarización del poder y de la iniciativa. Rusia y los Estados Unidos protagonizaban el quehacer político en el planeta. Todos los demás países habían de limitarse a desempeñar el papel de «alineados». Los intentos del bloque neutralista por constituir el tercero en la disputa, no han logrado éxito. La

nueva etapa—ya inaugurada—de la «coexistencia» (o como se la quiera bautizar), se perfila con rostro múltiple. Ni Rusia es ya la única cabeza del orbe comunista, ni lo van a ser los Estados Unidos respecto del orbe libre. Togliatti lanzó en su hora—hace tres lustros—la tesis del *pluricentrismo*, es decir, la tesis de que cada partido comunista—o cada grupo regional de partidos, mejor dicho—debería tener su autonomía, de acuerdo con las circunstancias históricas y el medio. Era la primera tentativa para condicionar y limitar el señorío absoluto y tiránico de Stalin sobre los partidos comunistas de fuera de Rusia. Si la tesis de Togliatti no pudo entonces traducirse a realidad, quedó flotando en el aire como un objetivo que alcanzar. Hoy el pluricentrismo en el seno del orbe comunista empieza a manifestarse con fuerte vitalidad: pensemos en los casos ya claros de China y Albania, pero no olvidemos que la tendencia trata de prevalecer en Rumania y en otros «países satélites». Y desde luego es la tendencia que se está abriendo paso en los partidos comunistas que actúan en la órbita de las democracias.

Pues bien, el pluricentrismo transportado al ámbito político internacional es igualmente un fenómeno que se empieza a «sentir» como un imperativo de época en el mundo libre. No quiero decir que cada país se vaya a convertir en un centro autónomo de decisión. En el nacionalismo absoluto ya no cree ninguna mente de hombre que esté enterado de las realidades históricas de nuestro tiempo y las piense en función de su interno dinamismo. El pluricentrismo político surge hoy—según yo veo—como una solución de urgencia al problema de la antinomia entre hegemonía y soberanía, entre imperialismo—expreso o disimulado—y autodeterminación del grupo humano organizado. Pero, además, el policentrismo político en el plano internacional se impone como exigencia de las propias estructuras geoeconómicas, geosociales y geopolíticas, que configuran los «continentes» o regiones geográficas homogéneas. Cada «continente» tiene sus problemas propios, bien conocidos—en fuerza de padecidos—por sus habitantes y difícilmente comprensibles para los estadistas forasteros. Hay, por así decirlo, una obligada «continentalización» o agrupamiento homogéneo de los problemas y de las soluciones, según ciertos factores de índole geográfica, cultural, étnica, religiosa, económica, histórica. Los «continentes» no son sólo determinaciones geográficas. Tanto como la geografía influye en ellos—en su lenta conformación—la historia. Y así, el «continente Europa» pide su propia política, su propia diplomacia, su propia economía. Naturalmente, ello supone un centro

de irradiación y convergencia dinámica dentro—y no fuera—de ese «continente». Aunque la teoría de la «continentalización» está por exponer, al menos de un modo científico y sistemático, no es tarea difícil comprender, siquiera vagamente, que la fuerza «continentalizadora» es una realidad histórica. Una realidad en que se integran los más variados factores: desde la raza a la economía, el clima y la propia estructura geográfica. El dinamismo bascular—Rusia frente a Estados Unidos—produjo la «guerra fría». Si estamos ahora saliendo de ese período peligroso de tensiones es en virtud, precisamente, de la multiplicación de focos o centros de poder que vienen a establecer un equilibrio más compensando en la política del mundo.

La «desatelación», en marcha.

Vivimos una coyuntura de transición. Es natural que los Estados Unidos, habituados a trazar la política del mundo libre desde 1945, acusen como una crisis de su poderío la efectiva independización que advierten surgir en Europa, protagonizada y catalizada por Francia. Pero el fenómeno es planetario y se manifiesta también en otros «continentes» políticos de Asia, de Africa y de América. Hay que tener en cuenta que si en el «Continente Europa» la emancipación política se perfila con más rigor, se debe a la mayor consistencia de este «continente». Efectivamente, Europa como «región política y económica» posee una homogeneidad que podríamos calificar de modélica. Sólo los Estados Unidos, la U. R. S. S. y la China comunista pueden competir con Europa en homogeneidad estructural. Por eso, precisamente se concretan ahí los cuatro polos o centros de decisión autónoma más claros y definidos hoy en la Tierra. La «desatelación» es una consecuencia de ese movimiento emancipador y multipolarizante que está superando y dejando atrás al período de la «guerra fría» y de la bipolaridad política. Así como la «guerra fría» promovió la *satelización* de los pueblos en torno a los dos únicos centros de poder—Rusia y Estados Unidos—que había entonces.

El desconcierto y la reacción malhumorada e intemperante a veces por la pérdida del poder hegemónico y de la «centralidad constelacional» se advierten ahora lo mismo en los Estados Unidos que en Rusia. En Washington se desfogan contra Francia; en Moscú contra China. Porque Francia—la Francia de De Gaulle—ha puesto en movimiento el proceso «desatelizador» de Europa—y aun del resto del mundo libre—, a la vez que China—la China de Mao—ponía en marcha el proceso «desatelizador» del orbe comunista. Los

«duros», los stalianianos de la Unión Soviética, se encrespan contra Jruschef, culpándolo de esa «desatelación»; y se quejan en términos semejantes a como lo hacen los «reaccionarios» norteamericanos encabezados ahora por Barry Goldwater—contra el kennedysmo. Oigamos, por ejemplo, a un viejo «republicano» como Thomas E. Dewey, ex gobernador de Nueva York, y una de las más autorizadas voces del partido conservador de los Estados Unidos: «Las confusiones, debilidades internas y falta total de experiencia política en el seno del Partido demócrata norteamericano son las únicas y exclusivas causas de los sonados fracasos de la política exterior de los Estados Unidos durante los últimos tres años... y del declive pavoroso que ha sufrido el prestigio internacional norteamericano.» Y concreta Dewey: «Hemos sido insultados, humillados o soporizados con desdén en numerosos lugares tan distantes y diferentes en razas y mentalidad como Zanzíbar, Camboya, Viet-Nam, Panamá...» La catilinaria de Dewey continúa en tono ardoroso: «Tanto las izquierdas revolucionarias como los dictadores reaccionarios atacan nuestra influencia y nos hacen objeto de desprecio en todas partes.» Naturalmente, Dewey no se olvida de recalcar el fracaso de la invasión de Cuba.

¿Ha fracasado Washington?

Ciertamente, fracasos se ha apuntado muchos la política exterior de los Estados Unidos en la etapa Kennedy. Pero no mayores que los que se ganó a pulso en la etapa Eisenhower. El fracaso de Cuba, aunque ahora les duela y recojan de él los más amargos frutos los norteamericanos, fué incubado en tiempos de Eisenhower. Y en cuanto a humillaciones, ninguna tan escarnecedora como la que personalmente infligió, con modos de carretero enfurecido, Nikita Jruschef a D. Eisenhower en aquella conferencia «en la cumbre» que se abrió y cerró en París la primavera de 1960. No es, pues, el Partido demócrata, como tal, la causa de que los Estados Unidos hayan perdido fuerza imantadora, atracción polarizante. Es que las circunstancias han cambiado. Han surgido fuerzas nuevas que no existían en la etapa en que los Estados Unidos, con aciertos geniales, a veces, como fue el caso del «Plan Marshall», promovieron y plasmaron el sistema defensivo del mundo libre, rodeando el imperialismo expansivo de los soviets con un dogal de bases militares y de sistemas de alianza. A los Estados Unidos les pasa ahora lo que a los padres jóvenes que de pronto se encuentran con que a su alre-

dedor han crecido y se han hecho mayores—tratando de emanciparse—los hijos a los que antes manejaban con toda facilidad. El mundo de fuerzas políticas, las «estructuras continentales del poder», los nuevos «centros polarizantes» que se han formado o se están formando son producto, en mucha parte si no en toda, de la gigante empresa realizada por los Estados Unidos desde 1947 para poner en pie y articular todo un sistema—de resistencia, primero; de acción, después—contra la invasión de la marea roja. Sería injusticia que lo olvidaran los países hoy recobrados, que tratan de organizarse en centros irradiantes de decisión política. Sin el éxito del Plan Marshall—que no sólo recompuso y afirmó en su ser a los países que directamente lo disfrutaron, sino que ha repercutido también decisivamente en beneficio de muchos países no incluidos en él—, ¿qué sería hoy de Europa, de Inglaterra, de Japón? ¿Qué sería del llamado mundo libre? ¿Sería, siquiera, este mundo?

No todo han sido fracasos en la política de los Estados Unidos en los pasados cuatro lustros. Como en toda obra humana, los fracasos han alternado con los éxitos. Y visto en su conjunto el panorama de realidades de nuestra época, en el que ha sido determinante la iniciativa norteamericana, no creo que se pueda lanzar sobre los gobernantes de Washington una condena general. Ha habido, sin duda, muchos fallos o lagunas en la acción política de los Estados Unidos. A mi juicio, los dos fallos más importantes cometidos por los gobernantes norteamericanos han sido su deficiente, desenfocada o errónea comprensión de los problemas coloniales de África y Asia, y el olvido o menosprecio en que han tenido a sus vecinos del hemisferio, desde Río Bravo a Patagonia. Este segundo fallo ha tratado el equipo Kennedy de remediarlo con su plan de Alianza para el Progreso, que apenas ha podido todavía dar los primeros pasos. Y el presidente Johnson parece especialmente preocupado por el problema de poner en orden y conseguir la prosperidad iberoamericana, desarrollando una acción que integre en una misma política la «buena vecindad» de la era Roosevelt y la «alianza para el progreso» pregonada por Kennedy. Así lo expuso Johnson en su mensaje de primeros de enero último: «Los Estados Unidos deben ser los mejores vecinos de los Estados libres de América, cooperando con los consejos de la O. E. A. en una más fuerte Alianza para el Progreso...» Y para darle nuevo impulso y nuevos modos a las relaciones amistosas con las naciones de América, el presidente Johnson ha nombrado a su amigo Thomas Mann, que estaba de embajador en Méjico, subsecretario de Estado para los Asuntos

Americanos. Mann desempeñará al propio tiempo el cargo de consejero político del presidente en los problemas interamericanos. Y, efectivamente, Mann se ha estrenado en el difícil puesto interviniendo en el conflicto con Panamá y tratando de conciliar las contrapuestas tesis de los militares y de los diplomáticos al respecto. En la audiencia dispensada por el presidente Johnson el 26 de noviembre a los representantes iberoamericanos, les dijo: «Reafirmo el compromiso, tomado por el presidente Kennedy, la semana pasada, de mejorar y reforzar el papel de los Estados Unidos en la Alianza para el Progreso a favor de la América latina.»

A la hora, pues, de someter a haremos la política exterior norteamericana de la postguerra, conviene no perder de vista las complejas circunstancias en que se ha realizado. La historia quizá emita sobre esa política un juicio más estimativo que el que en estos momentos de cambio de fase aventuran algunos críticos expeditivos y esquemáticos. ¿Será preciso insistir en que la actual «desatelación» del mundo libre se ha hecho posible gracias a la ayuda y al impulso que con el «Plan Marshall» y con los tratados defensivos de «satelización» estratégica le imprimieron a ese mundo—entonces moribundo y hoy rejuvenecido—los Estados Unidos de América? En esto debieran pensar quienes en América como en Europa o en Japón se expresan irreflexivamente al enfocar el momento de transición y formación de nuevos polos de poder político regional que estamos ahora viviendo. La actualidad es una fuerza plasmática de incoercibles efectos. Como en su día produjo la «satelización», produce hoy esa misma fuerza de la actualidad el proceso inverso de «desatelación» o mejor dicho, de «satelización múltiple» y no dual—como entonces—en virtud, precisamente, de que los factores que integran hoy la actualidad son distintos. En 1947 los coeficientes de desarrollo del dinamismo político eran dos: los Estados Unidos y Rusia. Hoy los coeficientes dinámicos de la política son muchos. Por eso el acontecer del mundo se ha vuelto más complejo y resulta difícil tarea abarcarlo, comprenderlo y darle la adecuada explicación. Propendemos a las simplificaciones, y éstas rara vez conducen a la verdad viva y palpitante de los hechos. ¿Han perdido fuerza determinante los Estados Unidos? ¿La ha perdido Rusia? Los simplificadores—aquí, allí y acullá—responderán que sí. Pero la respuesta válida no me parece esa. No es que los Estados Unidos y Rusia hayan perdido fuerza determinante en el moldeamiento político internacional; es que la han adquirido otros países y «continentes» o núcleos de atracción que enton-

ces no la poseían, porque se hallaban en bancarrota histórica o porque aún no existían como organismos de soberanía plena.

Presupuestos políticos de la coyuntura americana.

Así el momento actual resulta particularmente dinámico y azaroso. ¿Qué va a pasar? Todo acontecer político está prefigurado, en cierto modo, por sus antecedentes. Lo está, incluso, el acontecer revolucionario. Por eso, juzgo oportuno, en esta mirada a la realidad política internacional de los Estados Unidos, volver los ojos atrás y fijar la atención en algunos puntos determinantes u orientadores de la etapa Kennedy. Sólo así podremos percatarnos de los presupuestos condicionadores de la etapa Johnson. Las coordenadas kennedyanas en política exterior, las deducimos de sus mensajes. En el trance de tomar posesión de la presidencia, John F. Kennedy se propuso estos objetivos: «A todos los viejos aliados, cuyos orígenes culturales y espirituales compartimos, les prometemos la lealtad de los amigos fieles.» Como consecuencia de ese principio de mutua lealtad con los viejos aliados, Kennedy deducía: «Unidos, es poco lo que no podremos realizar en un conjunto de empresas comunes; divididos, es poco lo que podremos llevar a cabo, porque no nos atreveríamos a enfrentarnos con un poderoso desafío.» He aquí, pues, las dos exigencias básicas de la política occidental—la de los «viejos aliados»—: *lealtad mutua* y *unidad de acción*.

Por lo que atañe a los Estados nuevos, Kennedy les daba en aquel mensaje inaugural la palabra de que «una forma de dominio colonial no habrá pasado sólo para ser reemplazada por una tiranía férrea». ¿No era excesiva la promesa? ¿Podría Kennedy, pueden los Estados Unidos, sin intervenir en los asuntos internos de esos países de reciente soberanía, garantizarles contra las disputas que surjan de ellos mismos? Cualquier intervención exterior, aun contra la más violenta tiranía, ¿no provocará la inmediata reacción contra el fantasma de un imperialismo redentor? Al «Tío Sam», si se metiese a redentor de los forzados, podría sucederle lo que a Don Quijote con los galeotes... Pero sigamos.

Otro punto clave del programa presidencial de Kennedy fué el compromiso de luchar contra la miseria en todo el mundo: «Si la sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, jamás podrá salvar a los pocos que son ricos.» Respecto de los «vecinos» del hemisferio situados al sur de la frontera norteamericana, les hizo Kennedy «una promesa espe-

cial», que pretendía convertir las buenas palabras en buenos hechos, mediante «una nueva Alianza para el Progreso, ayudando a los hombres libres y a los Gobiernos libres a arrojar lejos de sí las cadenas de la pobreza». Al mismo tiempo, Kennedy se comprometía con los países vecinos a unirse a ellos «contra la agresión y la subversión en cualquier lugar de América». También dijo entonces Kennedy algo que luego no pudo realizar respecto a Cuba: que «cualquier otra potencia sepa que este hemisferio intenta seguir siendo dueño de su propia casa».

De cara a las Naciones Unidas, definió Kennedy en el mismo mensaje la actitud de su Gobierno con términos muy matizados. Tras cifrar en ellas «nuestra mejor y última esperanza», Kennedy les ofrece a las Naciones Unidas: «En una época en que los instrumentos de la guerra han sobrepasado en mucho los instrumentos de la paz, renovamos nuestra promesa de apoyo para impedir que se conviertan sólo en una tribuna de la invectiva y para fortalecer su amparo hacia lo nuevo y hacia lo débil, así como para aumentar el área de su competencia.» Y en la tribuna misma de la O. N. U., Kennedy sentó la tesis de que «nunca es demasiado tarde para conferenciar». Más aún, entendía Kennedy que «la paz exige una capitania positiva de los Estados Unidos en unas Naciones Unidas más eficaces, que trabajen para conseguir una paz mundial sometida a la ley, apoyada por sanciones justas de extensión universal».

Tienen especial interés los principios políticos que Kennedy formuló para tratar con Rusia: «A aquellas naciones que se convierten ellas mismas en nuestros adversarios, les ofrecemos, no una promesa, sino una petición: que ambas partes comiencen nuevamente la búsqueda de la paz, antes de que las negras fuerzas de la destrucción liberadas por la ciencia hundan a toda la humanidad en una autodestrucción premeditada o accidental.» «No trataremos—recalcó—con ellos con debilidad; porque sólo si nuestras armas son suficientes sin género de dudas, podremos estar ciertos también sin género de dudas de que jamás serán empleadas.» Y proseguía: «No llegaremos nunca a un acuerdo basado en el temor, pero tampoco sentiremos jamás el temor de llegar a un acuerdo.» Tras estas declaraciones terminantes, Kennedy proponía a los soviets: «Formulemos ambas partes por vez primera serias y precisas propuestas de los armamentos y coloquemos el poder absoluto de destruir bajo el absoluto control de todas las naciones.» Y tras esta propuesta, que, si analizamos los posteriores proyectos americanos de desarme, la veremos informándolos y dándoles sentido, Kennedy les invita a los

rusos: «Exploremos juntos las estrellas, conquistemos juntos los desiertos, eliminemos las enfermedades, investiguemos las profundidades submarinas y promovamos las artes y el comercio», para crear de ese modo «no un nuevo equilibrio de poder, sino un nuevo mundo de la ley, donde los fuertes sean justos y los débiles estén seguros y la paz sea preservada para siempre.» Comprendía Kennedy que semejante invitación no iba a ser aceptada—y menos aún realizado su contenido—a las primeras de cambio. Había que ir modificando la mentalidad del adversario, larga tarea que no quedaría terminada «ni durante la vida de esta Administración, ni aun quizá mientras dure nuestra vida en este planeta».

Lo importante para Kennedy era echar a andar por el nuevo camino y evitar, como había de decir más tarde ante los universitarios de Harvard, que las potencias nucleares tuvieran conflictos «que colocasen al adversario en la posición de tener que escoger entre una retirada humillante o una guerra nuclear». Pues eso sería el suicidio. Por ello—remachará en otro discurso—, «dondequiera que encontremos un terreno en el que los intereses de los soviets y de los Estados Unidos permitan una colaboración activa, ese terreno debe ser aislado y cultivado». Efectivamente, razonaba Kennedy, «los hombres que trabajan juntos con éxito, aprenden que la raza humana tiene caracteres e intereses comunes que trascienden las fronteras y las rivalidades nacionales».

Y no se crea que la línea política de Kennedy se apartó de la trazada por los anteriores párrafos. El difunto y malogrado Presidente no era un hombre que improvisara sus discursos; los preparaba con minuciosidad y en equipo, para que no fallase ni un resorte psicológico ni surgiera un concepto confuso o comprometido. De ahí la consecuencia que hay en todas las palabras que leyó en el Congreso, en la O. N. U., en sus campañas políticas. En el discurso que había de pronunciar en Dallas, el 22 de noviembre último, sigue Kennedy la misma línea del mensaje con que se estrenó de presidente. Comprobémoslo: «Somos los centinelas apostados en las murallas de la libertad del mundo; por eso pedimos ser dignos de nuestra potencia y de nuestra responsabilidad para poder utilizar nuestra fuerza con sabiduría y moderación y para convertir en hecho, durante nuestra vida y para siempre, esa venerable visión de *paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad*.» Y él quería una paz que «no esté constantemente vacilando al borde de la guerra». Pero esa paz tenía que ser, según Kennedy, «obra de muchos países». Y, además, «ha de ser dinámica y no estática», porque en fin de cuentas, la

paz—en la mente de Kennedy—no era «la paz de la prisión ni la paz de la tumba», sino «un proceso, un método de resolver problemas». En el citado discurso que Kennedy no pudo ya pronunciar en Dallas—y en el que el profesor Barcia Trelles (*Correspondencia Diplomática*, diciembre 1963) ve el testamento kennedyano—leemos: «En un mundo salpicado de problemas continuos y complejos, en un mundo agitado por las frustraciones y las cóleras, la política de los Estados Unidos debe ser realizada a la luz de la experiencia y de la razón; de lo contrario, los que confunden la realidad y la retórica, lo posible y lo plausible, impondrán su criterio con soluciones aparentemente aplicables a todos los problemas mundiales.» He aquí, efectivamente, una excelente norma para que los Estados Unidos puedan desempeñar con éxito su papel de protagonista de la libertad en el mundo. Distinguir claramente entre *la realidad y la retórica*, entre *lo posible y lo plausible*, y guiarse, en todos los casos concretos, por la *experiencia y la razón*: ¿Han obrado siempre así los Estados Unidos? ¿Obró así el mismo presidente Kennedy? Ciertamente que no. Por eso tiene especial significación la última voluntad del presidente Kennedy, ya que parece la expresión de una conciencia que ha meditado seriamente sobre sus actos pasados y sobre sus propósitos para el futuro. Quizá cruzaban por la mente perspicaz y fría de John F. Kennedy los errores cometidos por sus antecesores (y por él mismo) en relación con Europa—compromisos de Yalta—, en relación con Asia y con Africa—conferencias de Yalta y Potsdam—, en relación con América (promoción de Fidel Castro al poder) y en relación con otros hechos en que la precipitación, el idealismo, el orgullo juvenil o la petulancia determinaron situaciones de conflicto o amargos fracasos (como el proyecto Kennedy de fuerza multilateral de choque en el seno de la O. T. A. N., como la vana intentona de colar a Inglaterra de rondón en el Mercado Común, como la inútil presión sobre De Gaulle para abrir el comercio europeo de los «Seis» a los productos norteamericanos). En realidad, los ejemplos podrían multiplicarse. Kennedy fué asesinado en el momento en que su clara razón estaba asistida de la necesaria experiencia para corregir torceduras y evitar errores. Su discurso de Dallas nos lo revela como un estadista que ha escarmentado en cabeza propia y en cabeza ajena, doble escarmiento que necesitan los hombres de Estado para adquirir la serena visión de los problemas y el temple y el tacto para afrontarlos y resolverlos.

Johnson ante una tremenda herencia.

La tragedia de Dallas cortó la evolución política que el presidente Kennedy había iniciado. La reflexión sobre sus propios actos de gobernante y protagonista del mundo libre, le había llevado a Kennedy a una coyuntura de realismo y a desprenderse de la excesiva carga de ideas que se advierte en los discursos del primer bienio de Presidencia. El conflicto de Cuba, el choque con De Gaulle, el fracaso de la primera fase de su plan de cooperación con Iberoamérica, le habían vuelto más prudente y más cauto en sus proyectos. Por una parte, Kennedy comprendía la necesidad del diálogo y del comercio con Rusia, pero por otra, se daba cuenta de que si Rusia se ha orientado últimamente hacia la negociación con Occidente, fué presionada por su controversia con China y por el déficit de su balanza comercial y financiera; y, por tanto, según sostuvo uno de los hombres del equipo kennedyano, el subsecretario Ball, era oportuno y conveniente venderle trigo a Rusia—evitando así la exasperación que el hambre podría suscitar en el pueblo ruso contra los pueblos occidentales—, pero no lo sería concederle créditos a largo plazo. Comercio, sí, aunque limitado a ciertos productos; operaciones decisivas de préstamos, no. En su misma relación con los aliados de la O. T. A. N., la mentalidad de Kennedy estaba tratando de hallar el procedimiento de que la alianza funcionara como un mecanismo autónomo, sin la continua intervención norteamericana. Precisamente, esta intervención y hegemonía había engendrado el enfrentamiento francoamericano en el seno de la alianza. Y ese enfrentamiento, que había echado por tierra el proyecto kennedyano de fuerza multilateral atómica, repercutía en la gran idea política del malogrado presidente sobre la formación de una Comunidad atlántica que integrara en una compleja estructura de funcionamiento político y económico—con rebaja de aranceles para los países comprometidos en ella—las actuales comunidades y uniones de Europa (C. E. C. A., C. E. E., Eurátomo, etc.), y, además y como condición básica, a la Gran Bretaña y a la Asociación de Comercio Libre.

Con la muerte de Kennedy, todos los supuestos políticos del planeta han entrado en fase de revisión. El primero que se dió cuenta de la gravedad que el magnicidio de Dallas suponía para el mundo, fue el presidente De Gaulle; y no deja de ser muy significativo que resolviese asistir personalmente a los funerales y entierro de su colega, con el que tantos roces y dis-

crepancias había tenido, pero al que ciertamente estimaba. En aquella ocasión trágica, como en el difícil trance del cuasi ultimatum de Kennedy a Jruschef para que retirara de Cuba los proyectiles de largo alcance, De Gaulle se puso decididamente al lado de los Estados Unidos. Conviene resaltarlo, pues con la mala prensa que De Gaulle suele tener—en no poco parte, por sus modales autoritarios y palabras despectivas—, se ha formado por ahí una opinión desenfocada y errónea sobre su política. Tan verdad es esto, que todavía recientemente—el 29 de enero—un periódico de los mejor informados de Italia—*Il Corriere della Sera*—sostenía: «la amarga verdad es que no se resuelve el problema de Europa, si no se resuelve primero el problema De Gaulle; y el problema De Gaulle parece insoluble». En nada contribuyen a que Europa avance hacia su adecuada estructura quienes se expresan en este estilo y con esta ligereza.

No sólo ha cambiado en los Estados Unidos el titular del planeamiento y de la decisión política. De un año acá han cesado en sus altas funciones el canciller Adenauer en la República Federal, MacMillan en Inglaterra, Fanfani en Italia, Caramanlis en Grecia. Tenemos, pues, estadistas nuevos al frente de los destinos de la Alianza Atlántica: Johnson en los Estados Unidos, sir Douglas-Home en Inglaterra, Erhard en la República Federal, Moro en Italia, etc. Y si los hombres son los que juzgan y deciden, no cabe duda de que cada hombre—por borrosa que fuere su personalidad—suele juzgar y decidir según él estima conveniente y justo. La política es también producto del temperamento. Un mismo programa aparente de gobierno puede dar resultados muy distintos, según quien lo tenga que llevar a término. Johnson no se parece a Kennedy; era éste un hombre de ideas, de planes, de iniciativas y de lanzamiento; es Johnson un hombre de experiencia, con treinta años de dedicación política a la espalda, con especial tendencia a la acción y la eficacia y con gusto por el compromiso. Pero al propio tiempo, Johnson es duro, nada ingenuo, precavido. Jruschef, cuando lo saludó, hace años, en los Estados Unidos, le espetó: «He leído todos sus discursos y ninguno me gustó.» Al exabrupto respondió Johnson tranquilo y sin pestañear: «tampoco a mí me gustan los suyos». Sería una torpeza creer que Johnson, en los meses que le quedan hasta las elecciones de noviembre, fuera a limitarse a ser un presidente que aguarda el relevo y se contenta con despachar los asuntos pendientes. Desde que las balas abatieron a Kennedy, su sucesor se posesionó de su responsabilidad histórica. Y este hecho ha contribuido a serenar los ánimos en los Estados Unidos y en todo el mundo libre.

Obran como locos los que tiran piedras a sus propias ventanas, esto es, los que arremeten, sin más, contra el liderazgo norteamericano en estos momentos—y mientras no se vayan consolidando los nuevos «centros de poder», de los que arriba traté—por el hecho de que gobierne en los Estados Unidos un presidente «de repuesto». En primer lugar, los Estados Unidos son todavía, con éste o con el otro presidente, la mayor potencia militar, técnica y económica de la Tierra. Necesitamos tener confianza en ellos, pues de ellos depende nuestra plena seguridad. Si se me permite la expresión, diré que si cada país debe asegurarse a sí mismo, los Estados Unidos son el reaseguro de esa seguridad. Jugar frívolamente a la baja de los valores políticos norteamericanos, es tanto como contribuir al descrédito de lo que, a pesar de todo, representa nuestro propio crédito, hoy por hoy. El mundo libre está seguro de su libertad, en la medida que los Estados Unidos «son potentes y grandes» y se comprometen en los negocios internacionales. Por mucho que nos moleste, a veces, su ingenuidad y su falta de diplomacia—o su afán de uniformar a todos los pueblos por su especial modo de ser demócratas—, no podemos olvidar que su fuerza es nuestra principal razón de confianza en que ninguna otra supernación se lanzará a la aventura de dominarnos. Y, en la realidad, el mundo libre se mostró fuertemente solidario de los Estados Unidos, asociándose a ellos de corazón con motivo de la tragedia de Dallas. Era el momento de demostrar, a quien lo necesitase saber, que el mundo libre—al menos en sus pueblos más decisivos—no se desploma como bloque de poder político, económico o estratégico, por el hecho de que su máximo jefe hubiera sido derribado de dos certeros balazos en la cabeza. Esta reacción unánime de solidaridad del mundo libre—y sobre todo de Occidente—con los Estados Unidos, en la más dura prueba, quizá, de su historia, me parece que ha sido la gran revelación del magnicidio de Dallas. No se puede ya destruir un sistema verdadero de seguridad colectiva eliminando a su máximo capitán. La muerte de Alejandro Magno dió al traste con el imperio griego, que se dividió y segmentó en reinos. El asesinato de Kennedy más bien fué un toque de rebato a estrechar la solidaridad del mundo libre.

Tal ha sido la prueba de contraste por la que acabamos de pasar los pueblos implicados en la defensa común de la libertad. Ha caído el profagonista de esa defensa, pero no se ha hundido el sistema defensivo. Los Estados Unidos han podido comprobar, en su dolor, que están bien acompañados. A la hora de la crisis, los mecanismos de la comunidad occidental han

respondido con un movimiento unánime. Y los Estados Unidos, aunque acusando la consternación de lo sucedido con su presidente Kennedy—el de la «nueva frontera» ilusionadora—se han recobrado rápidos. La continuidad del mando no se interrumpió ni una hora. Tan pronto como se supo el atentado contra Kennedy, todo el dispositivo de seguridad, desplegado dentro y fuera del país, se puso en situación de alerta. No hubo titubeos. La policía de Dallas quedaba ciertamente en entredicho, pero el Pentágono y la Administración central del país demostraban con sus decisiones hallarse a punto. Y dando ejemplo de firmeza y de adecuación a las circunstancias, el nuevo presidente Johnson juraba el cargo y empezaba a actuar. Johnson se ha apresurado a disipar aprensiones y ha hecho ver al país que las mejores honras fúnebres al presidente asesinado consisten en «continuar y desarrollar» el programa que, en lo político, en lo económico y en lo estratégico, había planeado Kennedy, tanto para el interior como para el exterior de los Estados Unidos.

Johnson con su propia línea política.

Esto no quiere decir que Johnson vaya a carecer de iniciativas. Hombre de tanta experiencia y de tanto carácter como Johnson, forzosamente desarrollará en el poder sus propias ideas e imprimirá su propio estilo a lo que los departamentos ministeriales vayan realizando. Será Johnson, posiblemente, más moderado en sus planes, más respetuoso con las Cámaras, más propicio a escuchar a los aliados—un De Gaulle, por ejemplo—, pero no se dejará pisar el terreno. Ya se ha visto lo que de él se puede esperar por lo anunciado en su primer mensaje y por lo actuado desde noviembre para acá. Gobernará «para todos los americanos» y tratará de que la ley de igualdad de derechos civiles salve el estrecho entre Scila (senado) y Caribdis (cámara de representantes); negociará con buen ánimo «compromisos honorables» de paz y desarme con el Este, defenderá los intereses del mundo libre «desde Viet-Nam a Berlín»; impulsará la ayuda a los países en vías de desarrollo y fomentará la prosperidad interior «para acabar con la miseria» en el país. «No es hora de aplazamientos—ha dicho Johnson—; es hora de actuar.»

Hasta la fecha, Johnson ya tomó contactos personales con Douglas-Home, con Erhard, con De Gaulle, con Segni... Una entrevista detenida con De Gaulle, está concertada: «la fecha la señalaremos dentro de algunas sema-

nas—decía el comunicado del primer encuentro ocasional entre los dos jefes de Estado, al término de los funerales por Kennedy—, cuando hayamos determinado el objetivo preciso hacia el cual queremos ir». Es de desear que la iniciativa de De Gaulle respecto a la China comunista, tan censurada por Johnson—por cierto, en términos muy respetuosos—, no influya negativamente en la celebración de esa nueva entrevista. Al actual presidente de los Estados Unidos no se le puede acusar de inconsecuente ni de reservarse sus proyectos. En las palabras y en los actos se ha mostrado explícito. Pretende, desde luego, ganarse el derecho a ser reelegido presidente en noviembre. Le quedan pocos meses y tiene que realizar «cosas» que le sirvan de plataforma presidencial. De ahí el apremio con que se ha dirigido al Congreso para que apruebe los proyectos de ley sobre igualdad cívica y sobre la reforma tributaria. Recordemos que Johnson, como jefe de la mayoría demócrata en el Congreso, facilitó la tarea de Gobierno al presidente Eisenhower, cuyo partido, el republicano, era minoritario. Johnson se acreditó entonces de conciliador. No es de suponer que ahora, como presidente, deje esa faceta suya, que tanto prestigio le reportó en su día. Igualmente, aun siendo de Texas, Johnson ha podido conciliar a los demócratas del Sur con los del Norte, en el vidrioso problema de la discriminación racial. El se definió en cierta ocasión a sí mismo en este párrafo: «Soy un hombre libre, un americano, un senador de los Estados Unidos y un demócrata que ama el orden. Pero, además, soy un progresista, un conservador, un tejano, un contribuyente, un ganadero, un hombre de negocios, un consumidor, un elector.» El temple de su ánimo lo puso a prueba en la campaña de 1960 para la candidatura presidencial. El joven John F. Kennedy le desbancó, pero Johnson tuvo la sensatez de aceptar la candidatura para la vicepresidencia. Y el *tandem* Kennedy-Johnson ganó la partida electoral. No sin motivos se ha dicho—y el escaso margen de votos entre las dos candidaturas lo puso de manifiesto—que sin Johnson no habría triunfado Kennedy y, por tanto, no se habría alojado en enero de 1961 un demócrata en la Casa Blanca. Y ese sentido del compromiso que Johnson posee, le coloca ahora en posición de candidato presidencial para este año que corre. Con mucha probabilidad, Johnson va a ser un hombre público, para quien la Vicepresidencia, lejos de haberle cerrado el camino de la política, se lo abra, como se lo abrió a Truman, a Coolidge, a Teodoro Roosevelt, a Jefferson, a Adams y a otros.

Pero los problemas que al presidente Johnson le están saliendo al paso,

van a darnos su medida política de estadista. No sólo ha asumido la grave misión de llevar a buen puerto los proyectos de su malogrado antecesor para regular y asegurar la igualdad de derechos civiles y para reformar el régimen tributario, sino que habrá de afrontar y tratar de resolver conflictos de tan compleja naturaleza como los de Viet-Nam, Cuba (¡esa base de Guantánamo!), Panamá, etc., y reorganizar la Alianza Atlántica sobre supuestos de mutua consulta y de cooperación, ya que Europa ha recobrado su plenitud de poder y se resiste a ser el mero auxiliar o satélite.

Un adelanto de las intenciones johnsonianas sobre la manipulación de los problemas internacionales lo tenemos en su primer mensaje de 27 de noviembre: «no eludiremos nuestras responsabilidades para con este hemisferio y para con el mundo, ni renunciaremos a la *flexibilidad del ejecutivo* en el tratamiento de los asuntos exteriores». Otra frase definitoria en ese mensaje: «Volvamos la espalda a los fanáticos de la extrema izquierda y de la extrema derecha.» Aún más: «Seremos infatigables en la búsqueda de la paz y ricos de iniciativas hasta encontrar un terreno de entendimiento aun con aquellos que disienten de nosotros.» Y otro rasgo. «Quienes pongan a prueba nuestro coraje, lo hallarán sólido y quienes quieran nuestra amistad la hallarán leal.» Por último, la nota de temple moral de Johnson: «Demostraremos que los fuertes pueden ser justos en el uso de la fuerza y que los justos pueden ser fuertes en la defensa de la justicia.»

Y en el mensaje del 8 de enero al Congreso trazó Johnson estas coordenadas de acción: «Nuestro objetivo es un mundo sin guerra..., en el cual todos los hombres, todos los bienes y todas las ideas, puedan circular libremente a través de fronteras y aduanas.» En esta frase está formulado el supremo tópico del liberalismo. No entremos a analizar toda la complejidad de cuestiones que de tal frase se levantan. Del mismo mensaje es esta otra orientación política: «Debemos mantener—y lo mantendrá nuestro reducido balance de defensa—aquel margen de seguridad y superioridad militar que hemos alcanzado en tres años de continuo mejoramiento de la calidad y de la cantidad de nuestras fuerzas estratégicas, convencionales y antiguerrilleras.» Sobre este mismo terreno de la defensa, avanzó Johnson esta otra nueva línea de conducta: «Debemos dar nuevos pasos, presentando en Ginebra nuevas propuestas para el control y la eventual abolición de las armas; más aún, incluso, a falta de acuerdos (con Rusia), no debemos acumular armamentos más allá de nuestras necesidades o buscar el logro de un exceso de potencia militar, que podría ser tan provocativo como inútil.» En conse-

cuencia con este principio, Johnson anunció entonces la reducción de un 25 por 100 en la fabricación de uranio enriquecido y el cierre de cuatro plantas productoras de plutonio y de otras «muchas instalaciones militares no esenciales». Se explica, pues, que los Estados Unidos hayan tomado últimamente decisiones para abandonar una serie de bases aéreas diseminadas por el mundo. Johnson invitaba en ese histórico mensaje a los adversarios para que «hiciesen otro tanto». Y, efectivamente, a juzgar por el reciente presupuesto, también Rusia ha resuelto aligerar su programa de producción bélica. He aquí un hecho importante que viene a confirmar el cambio de fase en la política internacional. Las dos superpotencias se han visto forzadas, en virtud del dinamismo económico—si no se admiten otros móviles más nobles—a adoptar paralelas actitudes distensivas. Nada semejante había sucedido desde el año 1949.

Por lo demás, Johnson ha iniciado claramente una política de expansión comercial hacia el exterior y de potenciación industrial en el interior (sorprendente y aparatosa propuesta de reducción de los impuestos en unos *once mil millones* de dólares). Del mensaje del 8 de enero son estas frases, que miran al desarrollo de una nueva política comercial y de ayuda al exterior: «Debemos ampliar los cambios mundiales... disponiéndonos a darles un impulso concurrencial a nuestros mercados»; y usar—hizo notar el presidente—«nuestros productos alimenticios como un instrumento de paz, poniéndolos a disposición de los pueblos hambrientos (por venta, por cambio, por préstamo o por donación), siempre que nos expongan sus necesidades y acepten adecuadas condiciones de distribución». Y ante la Asamblea de la O. N. U., el presidente Johnson propuso la internacionalización—centrándola en un organismo *ad hoc*—del programa de ayuda a los pueblos subdesarrollados. Tanto en sus conversaciones recientes con el canciller Erhard, como con el *Premier* británico sir Douglas-Home, el tema fue discutido y en la misma orientación internacionalizadora. Es decir, la *colegiación de la política de ayuda* al área del subdesarrollo está en marcha. Es un fenómeno más que revela el *nuevo horizonte* a que nos estamos asomando. La misma actitud de Johnson con sus interlocutores Erhard y Douglas-Home, la acaba de tener De Gaulle con Erhard y con Segni, en su afán de organizar una política europea de ayuda en bloque a África y a Iberoamérica. Y en Ginebra ha dicho—hace pocos días, el 25 de febrero—el secretario británico del «Foreign Office», Butler: «Uno de los problemas mayores de nuestra época no es la separación de Oriente y Occidente, sino la separación que

se ha perfilado ya entre el Norte y el Sur de la Tierra.» Nótese que el paralelo neurálgico de esa separación pasa por el Estrecho de Gibraltar, aproximadamente. La frase de Butler sintetiza una nueva manera de enfocar el conjunto del acontecer de las relaciones internacionales. Manera que deja ya atrás la bipolaridad U. S. A. - U. R. S. S., que dominó el período de la guerra fría. La puja Este-Oeste por el rearme y la mutua vigilancia está convirtiéndose en la puja por la prestación de auxilios económicos y técnicos a los países del área subdesarrollada. He aquí otro hecho de incalculable trascendencia.

Respecto de algunos conflictos de este momento—Viet-Nam, Panamá, Chipre—, los puntos de vista del Presidente Johnson han sido expuestos por él—el 21 de febrero—en los términos siguientes (discurso en la U. de California ante el presidente de Méjico, López Mateos): «Los Estados Unidos se han comprometido, desde hace diez años, en la defensa de la libertad de Viet-Nam del Sur y continuarán haciendo honor a este compromiso»; en cuanto a Panamá, los Estados Unidos «están decididos a ser absolutamente justos en la discusión de nuestros problemas mutuos»; y respecto de Chipre, los Estados Unidos, como aliados de Grecia y Turquía, han mediado sin fortuna—el subsecretario de Estado, Ball, parlamentó largamente con el arzobispo Makarios, con el vicepresidente turcochipriota Kutchuk, con los Gobiernos de Atenas y de Ankara—y el presidente Johnson se ha limitado, tras el fracaso, a hacer un llamamiento para que se ponga término a la efusión de sangre, «antes de que sea demasiado tarde». Desde luego, la estrategia del Pentágono está vivamente interesada en que Chipre no se convierta en «otra Cuba», y no sería extraño, por eso, que si las dos comunidades chipriotas no llegan a un acuerdo, los Estados Unidos tomasen con la Gran Bretaña una drástica decisión sobre la atormentada isla de Venus. Aunque, de momento, este problema queda sometido a la responsabilidad de la O. N. U.

Un nuevo horizonte.

Asumados a un nuevo horizonte internacional, en virtud de los hechos a que acabamos de aludir, pecaríamos de simplismo si no combináramos, para prever el futuro, las realidades actuales con las realidades probables que laten en el dinamismo diplomático. Tanto y más que a los cambios operados ya en los factores de la ecuación internacional, hemos de atender a los cambios

venideros. La nueva fase va a tomar sesgo muy diferente al que adoptó la fase que estamos superando. Y ello, no sólo por la aparición de nuevos centros de poder (de ámbito «continental»), sino por la inevitable promoción de dirigentes que vendrán con una mentalidad distinta a configurar los acontecimientos. En Rusia, sobre todo, puede ser decisiva la incorporación de los tecnócratas de la «nueva ola», que mirarán al futuro con frío cálculo de las posibilidades, sin sentirse en el continuo aprieto de contrastar sus decisiones y sus ideas marxo-leninistas. El «tradicionalismo» parece estar en baja entre los economistas, administrativistas y estrategas que van afirmando su joven personalidad en la tecnocracia soviética. La ciencia matemática estadística está haciendo estragos en el gratuito dogmatismo con que hasta ahora habían procedido los planeadores soviéticos. Y este fermento «cientifista» dará sus frutos. Los está ya dando, pues algunas de las decisiones de Jruschef obedecen—sobre todo en materia económica— a esa corriente, que irá adquiriendo más volumen y más fuerza con la afluencia de sucesivas promociones tecnocráticas a los planos de la decisión política. Estamos quizá asistiendo a las postrimerías de los métodos «inexactos» y puramente intuitivos de la acción política, económica y sociológica en el mundo. La estadística, la psicometría, la sociometría, la econometría, la dinámica de los movimientos de opinión, los rigurosos métodos de prospección en las estructuras, la matemática, en suma (con su cálculo de probabilidades, sus medidas de frecuencia, su teoría de los juegos, sus coeficientes de correlación y covarianza, sus ecuaciones de tendencia y su estimación de ciclos, sus correlaciones seriales, sus curvas de crecimiento, exponenciales y logísticas, etc.), están condicionando cada vez con mayor apremio las decisiones del político, no sólo en el campo de la economía, sino también en el campo de la acción gubernativa interior y de la diplomacia.

Hemos de considerar otro elemento codeterminante de la nueva fase internacional en la eventual subida del socialismo al poder en Inglaterra—quizá en este mismo año—y su creciente influjo como fuerza de colaboración gubernamental en Italia y en otros países europeos. Lo cual obligará a la Francia de De Gaulle y a la República Federal de Erhard a estrechar sus vínculos y buscar apoyos en países hoy periféricos al sistema de decisión diplomático-occidental. Si dispusiéramos de un suficiente análisis de las variables que van a entrar en la ecuación internacional de la nueva fase, podríamos trazar un esquema dinámico que probablemente nos llevaría, por descarte de la solución bélica o catastrófica, a la solución de una síntesis de los

dos grandes sistemas en pugna. Síntesis que habrá de traducirse, por la mutua y creciente interpenetración, en una suerte de «koinonomía» estructural interna y de «koinocracia» en lo político-internacional.

Walter Lipmann, buen sabueso de vientos nuevos, ha descrito recientemente con bastante claridad la mutación a que está abocada la política de los Estados Unidos: «Aunque el presidente Kennedy hubiese pensado en esperar su reelección para realizarlo, no hubiese podido esperar indefinidamente para reconsiderar de nuevo y muy seriamente gran parte de su política extranjera», dice Lipmann. Y añade: «La situación internacional ha cambiado por completo desde que fué concebida y formulada esa política, que valía entonces para los últimos cuarenta y los cincuenta años, cuando solamente había dos grandes potencias, pero hoy día hay más y las dos grandes potencias se percatan de que, en el mundo exterior, su poderío se debilita y su influencia disminuye.» Dice más concretamente el comentarista norteamericano: «confesamos que Europa ha vuelto a encontrar una libertad de acción que hasta ahora se le negaba». Más claro aún: «no fué el general De Gaulle el causante del declive de la O. T. A. N. o de la política de *partnership* con dirección americana o de la primacía de los Estados Unidos en los países subdesarrollados. El general De Gaulle sólo puso en evidencia este declinar del *leadership* americano, que antes fué necesario y ahora es ya anormal». Como consecuencia, Lipmann aconseja: «En mi opinión, el presidente Johnson tendría que empezar por aceptar con confianza este hecho consumado inevitable, de que nuestra posición para con Europa ya no es la de un vigilante o la de un tutor... Deberíamos aceptar este hecho—prosigue Lipmann—de que ya no nos necesitan para dirigir a Europa o ya no somos capaces de hacerlo y dar por acabado el tiempo de las misiones precipitadas a París, Londres, Roma o Bonn, para vender allí algunas de nuestras ideas.» Concluye Lipmann: «Estamos en los años 1960 y debemos considerarlo, para no aceptar sin examen los postulados de los años de la postguerra y actuar por reflejos condicionados de otra época. El tema dominante de los años 1940 era la necesidad de una intervención americana para salvaguardar la civilización europea de la destrucción. El tema dominante de los años 1950 era consolidar el mundo occidental contra el asalto del comunismo revolucionario. El tema de este decenio 1960, tal como lo conocemos ahora, es que salimos de un mundo de dos grandes potencias y entramos en un mundo con varias grandes potencias.» La cita de Lipmann es esclarecedora, por cuanto no se trata de una opinión personal puramente, sino que revela el cambio de opi-

nión que se va operando en los periódicos norteamericanos. De la revista *Newsweek* son estas palabras: «Todos los europeos sin excepción se sienten orgullosos cuando De Gaulle les dice las cosas claras a las grandes potencias.» Y el profesor Henry Kissinger ha dicho que De Gaulle actúa en función de las «tendencias y de los sentimientos de la Europa de hoy, y no como causa». Por eso, precisamente, «Francia podría trocarse en el líder de Europa».

Necesidad de una política colegiada.

Así, pues, la tendencia actual de la política del mundo obedece a unos factores que escapan de la posibilidad de los Estados Unidos para contras- tarlos y modificarlos. Se equivoca Barry Goldwater al incitar a la Administración norteamericana a una política que tuvo su razón de ser quizá en la etapa de los años 1950, pero que hoy llevaría al choque con los propios aliados. Los «errores y confusiones» en que se mueve, según Goldwater, la política de los Estados Unidos, proceden precisamente de la lentitud con que esa política va adaptándose a las nuevas realidades. He ahí la hazaña política que le espera al presidente Johnson si, como es presumible, sale reelegido en el mes de noviembre. Se le ofrece ahora la posibilidad de «ponerse en línea» con las exigencias de la realidad, al ir tratando los conflictos que su país tiene pendientes y que con los métodos heredados de la etapa de «guerra fría» no han podido ser resueltos satisfactoriamente; reforma de la O. T. A. N., política común atlántica, pacificación del sudeste asiático (Vietnam, Laos, Camboya), arreglo con Panamá, trato con Cuba, colaboración positiva con Iberoamérica. En la entrevista con el presidente López Mateos, de Méjico, como en sus intercambios de notas con el presidente de Panamá, Roberto Chiari, ha podido ver Johnson la necesidad de emprender una *política colegiada* para dar solución aceptable a los problemas del hemisferio. La *colegiación* de la política es una consecuencia del dinamismo *continentalizador* a que arriba aludí. Ya no cabe una política de hegemonía o de *leadership* en esta fase en que vivimos. Por eso De Gaulle, que parece haberse percatado de tal situación, busca en estos últimos tiempos el modo de preparar la base de un entendimiento intereuropeo que haga posible una Conferencia continental o, al menos, de la Europa de los «Seis». En esa Conferencia deseada, el tema central del debate versaría sobre la unidad política del Continente. No la unidad de fusión, sino la unidad de acción y planea-

miento frente a las otras estructuras continentales de poder y de decisión. Johnson no puede por menos de comprender que la «desatelización» es el fenómeno más importante de la fase en que le ha tocado actuar como presidente de los Estados Unidos. Y esa «desatelización» impone como imperativo una política distinta a la que Washington siguió hasta ahora respecto de sus amigos y aliados. Están planteados varios problemas graves ante los cuales sería erróneo e ineficaz que los Estados Unidos adoptasen una actitud aislada. Tales problemas afectan también a otras potencias que han de ser oídas y consultadas y cuyo voto habrá de pesar en la posible solución. Una política de unidad de acción del mundo libre requiere fundarse sobre un esfuerzo colegiado. La *colegialidad* en las decisiones de alcance regional o global surge como imperativo radical de una política a la altura de los tiempos. Y la política fluctuante que los Estados Unidos vienen haciendo desde 1956 para acá—no olvidemos la trágica inhibición ante el caso de Hungría—actúa baja de nivel precisamente por no contar, en los trances de peligro, con el automático recurso a la decisión colegiada. Pero la colegialidad de la decisión necesita del aparato u órgano que la ponga en movimiento, tan pronto como surja la eventualidad. Quizá ante una política occidental adecuadamente constituida en colegialidad de funcionamiento automático no habrían fracasado ciertas iniciativas norteamericanas (fuerza multilateral atómica, nivelación de aranceles aduaneros), ni habrían podido desarrollarse actitudes tan dispares respecto a ciertas realidades como el bloqueo de Cuba, el reconocimiento de la China roja, la relación económica con Rusia, etc. Y en todo caso, la colegiación debidamente instrumentada de la política occidental viene predeterminada por la propia fuerza de las responsabilidades ya contraídas, lo mismo en lo que concierne a la estrategia defensiva que en lo que atañe a la ayuda técnica y económica a los países subdesarrollados. Ningún país libre—ni los Estados Unidos—es lo bastante poderoso militarmente y económicamente para prescindir de la cooperación de los demás. Y si la cooperación es una necesidad, incluso para las grandes potencias, bien se ve que en esta fase de emancipaciones políticas la cooperación sólo será posible en un sistema de colegialidad para los planeamientos y decisiones globales que afecten al conjunto de Occidente o, en su caso, del mundo libre.

Ahora bien, la colegialidad no podrá funcionar sin una información participada y sin un diálogo permanente a través de los cauces diplomáticos. Periódicamente y en los momentos críticos el diálogo tendrá que celebrarse acaso a nivel de jefaturas de Gobierno y aun de Estado. Toda colegiación polí-

tica—a escala continental, hemisférica o intercontinental—supone un sistema de vasos comunicantes por los que fluya el mismo impulso y la misma voluntad. De ahí que no quepan compartimientos estancos en esa política colegiada. Y si los hubiera, el sistema reventaría. Tal es la alternativa en que se encuentran, a mi entender, los Estados Unidos en este momento. De que opten por una u otra política dependerá su propio futuro como catalizadores de la libertad frente a la tiranía.

BARTOLOMÉ MOSTAZA.